



Está dando la hora en el reloj del Palacio de Comunicaciones de Madrid. He subido a la terraza que viene a estar justo detrás del gran carillón de Correos, que mis paisanos oyen todos los días por la radio. Al fondo la sierra y un cielo azul que me recuerda el mar.

—El mar está lejos —pienso.

Y seguido llega otro pensamiento:

—Las magdalenas están cerca.

Allí, sobre los tejados de Madrid, he estado un buen rato pensando. Pensando o soñando: no sé. Como si desde el cen-

lloraban, trabajaban o se divertían. Eran mis amigos, mis paisanos, personas a las que yo conocía. Me he sentido dentro de mi pueblo, sin abandonar la sensación de que lo veía desde fuera.

En la Alameda han colgado los colorines festeros; la tómbola ha surgido junto a Novoa, de la noche a la mañana; un chico pasa leyendo "OARSO".

Una revista entrañable, local, amiga, como la propia villa renteriana. He sentido la intimidad de un pueblo que vive al calor de su propia realidad.

Pero a Rentería lo veía en el mapa junto a otros muchos pueblos que, a lo peor, ni conozco, pero que siento bullir en una apertura internacional. Hoy las barreras entre unas y otras naciones están más levantadas que ayer. Se habla de uniones europeas. Se conciertan convenios internacionales. Las lenguas más extrañas se escuchan por cualesquiera de los caminos del mundo, y las notamos un deje familiar.

Desde la alta atalaya del centro de la nación quisiera sentir, también, el latido abierto de mi txoko hacia todo el complejo universal.

Rentería, tocando casi la frontera del país francés, tránsito del turismo internacional, pero, sobre todo, del mundo emigrante trabajador. Rentería la hoga-



visión íntima y recoleta de nuestra villa, quiero poner un título distinto que bien merece ganar por su situación, por su apertura y por las virtudes cívicas que posee: Rentería se abre al mundo. Rentería, ante la universalidad que nos envuelve, no se ha de quedar atrás.

Y cuando pienso que esta apertura lleva a veces un signo económico, un signo político, un signo industrial, me hago la ilusión de que mis paisanos sabrán, sobre todo, teñir su internacionalidad de

Rentería abierta al mundo

tro de la nación, con una visión profundísima, hubiera llegado al punto del mapa donde está mi Rentería.

Primero la he visto como un polvillo en el conjunto mundial. Pero en seguida he sentido que mi pueblo crecía, crecía; se ampliaba ante mi vista y adquiría una figura gigantesca en la que las calles, la iglesia, la plaza, los bares, las chimeneas de las fábricas adquirían unas dimensiones fantásticas y grandiosas. Y he visto que en todos estos lugares vivían unas personas que reían, amaban,

reña, la vecinal, la acogedora de forasteros. Rentería la de los mil hijos de fuera del txoko. Rentería la industrial, la que reparte por infinitos lugares la materia elaborada por el esfuerzo de sus trabajadores, haciendo que el nombre de nuestra villa se conozca y se aprecie.

Rentería la abierta; donde, a pesar de su creciente población, los vecinos se conocen, se quieren, se ayudan.

Rentería la que se esfuerza por ser más; donde las gentes son serias, pero tienen una palabra y es verdadera; donde hay sinceridad para reconocer los fallos propios; y donde se pone manos a la obra para vencerlos.

Rentería la laboriosa; Rentería la solidaria; Rentería la deportiva; Rentería el pueblo sano. Este pueblo que se descubre como nunca cuando se ve desde lejos y con amor.

No sé si debía haber escrito lo que antecede. Cada página de "OARSO" vendrá a darme la razón, y tal vez sobrarán mis palabras. Pero necesitaba decir todo esto para remachar algo que me ha venido a la mente, con gran fuerza, al evocar mi Rentería.

Al lado de todo el cúmulo de realidades locales, en estas páginas donde aparecerán personas, donde surgirán realidades, problemas... junto a toda esta

los valores superiores que laten en el pueblo renteriano.

Y la apertura, el interés y el esfuerzo irán, no en dirección a un mundo más rico ni más técnico solamente, sino a una unidad de personas donde los valores humanos y cristianos den vida y espíritu a una total colaboración de todos los hombres de todo el mundo.

Empezando por el vecino, y acabando en el último rincón de la tierra.

P U R I.

